

cos frente a un 24 % de protestantes, negaría permiso para hacer discurso que atacase su religión, o la libertad de palabra de un ateo (60 % frente a un 30 % protestante). En cambio, la actitud tiende a coincidir frente a los comunistas —católicos y protestantes coinciden— y se diferencian, de nuevo, ante los nacionalistas: los católicos son más nacionalistas que los protestantes.

El problema social, en cuanto problema de discriminación, que la Constitución puertorriqueña rechaza energicamente (Sección 11 de la Carta de Derechos), plantea en la realidad conflictos. Las conclusiones a que llega Seda Bonilla, son las siguientes: 1. Que la discriminación es mayor conforme aumenta el nivel social. Ahora bien, como nivel social y nivel educativo coinciden, aquí surge un conflicto permanente: "Estas dos tendencias (educación y posición social) se neutralizan o se traducen en un alto grado de indecisión para expresar opiniones positivas o negativas con respecto a la discriminación racial" (p. 87). 2. La religión, según la encuesta, no afecta en gran medida las actitudes ante el prejuicio racial: los protestantes sobrepasan, en un pequeño margen, a los católicos en una actitud más liberal.

La importancia grande de la obra de Seda Bonilla es tomar conciencia real de este problema. Y que haya sido el propio Gobierno el que haya fomentado esta encuesta. La ignorancia y el autoritarismo pueden ser resueltos fundamentalmente por una inteligente política educativa. Sólo en relación a la discriminación racial, la educación no ha aportado mucho. Pero este último hecho viene condicionado, sobre todo, por el criterio de "razas puras" que procede de Estados Unidos.

RAÚL MORODO

JULIO CARO, BAROJA: *Los judíos en la España Moderna y Contemporánea*. Ediciones Arion. Madrid, 1962. 3 tomos, circa 1.500 páginas.

La impaciencia con que el público ha tenido que esperar durante quince largos meses, que mediaron entre la publicación y la aparición en el mercado de la presente obra, se ve ampliamente compensada por la amena, positiva e interesante lectura de la misma. Causas que desgraciadamente caen fuera de nuestra incumbencia, nos impiden analizar esta larga espera.

Por más que se disfrute durante su lectura, la verdad científica nos impone hacer un distinguo: Como obra realizada por un solo investigador y teniendo en cuenta dicha circunstancia, toda alabanza es poca. Pero si nos atenemos a la realidad pragmática, aun siendo excelente, adolece de las muchas deficiencias y lagunas de toda obra cuasi exhaustiva, no emprendida en equipo. Aun así, hay que confesar que las partes negativas son menos de las que cabría esperar, y que el espíritu de análisis objetivo compensa todo aquello que se ha quedado en el tintero.

Comienza analizando los orígenes del antisemitismo español, para lo cual se ve obligado a trazar una breve historia de las comunidades hebreas desde antes de la diáspora hasta finales de la edad media. Y es una lástima que esta parte sea tan breve, pues de resultados de esto ha quedado en la sombra gran cantidad de linajes levantinos que por haber abandonado sus creencias antes del siglo XIII y posiblemente no haber vuelto a judaizar, no son siquiera citados. Por eso echamos de menos referencias al poderoso imperio económico que crearon los "Mercader Bell-Lloch" de Barcelona y Valencia, que prefiguraron el poder político-económico de los Rothschild, integrándose rápidamente con la alta nobleza feudal, produciendo además un buen número de Almirantes y otros hombres de armas.

Respecto a la génesis del antisemitismo, el autor sigue bastante la línea de J. P. Sartre, aunque utilizando más; pues si al "judío" en gran

parte lo crea el "antisemita" como desahogo de sus propias alienaciones, otro tanto contribuye el "judío" que se empeña en creerse "judío".

La tesis central de la obra es que el antisemitismo celtíbero en su gestación, proceso y resolución guarda gran semejanza con el que recientemente se produjo en la Europa Central. Todas las analogías cuanto más grandes resultan más peligrosas, ya que las similitudes abstractas de estructura, respecto a las situaciones a las que se refieren, suelen estar acompañadas de diferencias históricas y sociales bastante más importantes y bastante más concretas. Dichas analogías sólo sirven para aclarar situaciones del pensar y no el conjunto de problemas concretos que forman su objeto. Baste como ejemplo, que tanto hoy en día en Israel como en la judería de Amsterdam del siglo XVI, la lengua culta y científica es la del país de origen. Coexistiendo dicha realidad en ambos casos, con pintorescos casos sentimentales de individuos que juran no volver a pronunciar jamás una palabra en castellano o alemán; sobre todo en individuos que al parecer tenían dificultad en expresarse en cualquier otro idioma...

Es una lástima que no haya ahondado más, caso de ser ello posible, en explicar por qué judaizó la alta nobleza española a finales de la edad media. Pues si por aquel entonces empieza a intensificarse la mezcla de sangres, muchos casos parecen proceder del puro "esnobismo" o incluso de preocupaciones intelectuales.

Respecto a la expulsión en sí no dice mucho nuevo, pero es probable que en esto poco nuevo haya de decirse, así como de los primeros asentamientos que siguieron a la segunda diáspora.

En la segunda parte analiza el binomio Judaizante-Inquisición con sus secuelas de delación, sistemas policiales, burocracia y trampas creadas para librarse de la acción legal.

J. C. B. aplica la conocida ley so-

ciológica del fortalecimiento de los vínculos de toda comunidad minoritaria en situación de peligro. La conciencia de comunidad que tenían los judíos españoles rebasa en ocasiones el concepto confesional, ya que se dan casos de "conversos" buenos católicos, que a la par se solidarizan con sus excorreligionarios. Y dramas personales pueden, tanto en el converso como en el marrano, desembarcar en soluciones de tipo místico... Andando el tiempo, los individuos de dentro de la península que tenían poco contacto con sus correligionarios, fueron teniendo cada vez ideas más vagas y elementales de la ley antigua; hasta que casi ni sabían en qué consistía, pero sin que la cohesión de grupo se resintiera por ello. En general, dentro de los exilados, la cohesión era fuerte, pero como contrapartida de las soluciones de tipo místico y provocado igualmente por la psicosis de persecución, se dieron casos de agnosticismo total por no decir de ateísmo. Es curioso notar cómo la superación dialéctica de las contradicciones ley nueva-ley vieja llevan a un materialismo mecanicista de tipo volteriano. Pero quizá lo más curioso que nos descubre el autor sea que en las comunidades exiladas se dieran muchos de los mismos fenómenos que acontecían en la España del "barroco", reproduciéndose entre ellos la disputa teológica de "rigoristas" y "laxos", entre otras.

En la parte tercera se estudia la vuelta de gran número de sefarditas en tiempos de Felipe IV con la protección de Olivares. Es esta quizá la parte más cuidada de la obra, en donde se analizan los primeros tímidos intentos de capitalismo por parte de los cristianos nuevos. La preeminente posición que algunos hombres de pegocio alcanzan en la Corte e incluso dentro del mismo Palacio Real. Parece que las profesiones que más abundan entre ellos son las de asentista, médico y... genealogista, esto por las clases explotadoras; y en cuanto a las otras, las de arriero, ad-

ministrador de tabacos y comerciante en paños por las demás.

Especial interés tiene toda la parte referente a Hispanoamérica, en donde quizá quede más puesto de relieve la estrecha relación hispanoportuguesa en el desarrollo y comercio de Indias.

En la parte cuarta se toca un tema todavía vidrioso: el de las Ordenes Militares. Pero como estas siguen hoy en día al margen de la genética y la biología, cabe suponer por la misma razón ignorarán esta obra. Fray Francisco de Mendoza escribió el "Tizón" por despecho personal; por esto sobre todo se pudo impugnar gran parte de lo que dijo. Claro está que para aquellos sectores que aún quieren olvidar las Cortes de Cádiz y soñar con el Ancien Regime, poco debe importar que una obra sea científica o apasionada.

Es de resaltar un hecho que entre los antisemitas españoles del siglo XVII, cuando posiblemente ya se habían borrado las diferencias raciales, aparece un pseudobiologismo del tipo de los de Rossemberg y Gobineau. Estas concepciones pseudocientíficas vinieron a sumarse al ya copioso arsenal antijudío, produciendo en la parte contraria una antítesis dialéctica, huelga decirlo, pseudocientífica.

En la quinta parte se ocupa de la situación de judíos y judaizantes en relación con la época de la Ilustración. Hace notar que al quedar abolido el Santo Oficio desaparecen los judíos como individuos, ya que como problema social hace tiempo habían desaparecido.

Lo que dice del siglo XIX resulta tremendamente sugestivo y queda uno con ganas de saber más. No sobre la ascendencia y relaciones de políticos decimonónicos, sino sobre el papel desempeñado conscientemente por la alta banca de origen sefardita en la industrialización española y en el reinado de Isabel II.

Al final del libro viene un apéndice documental de gran utilidad pa-

ra el erudito, y que sirve para corroborar todo lo que se dice.

Pero quizá todo esto, lo anecdótico, sea lo menos importante; porque el tema de los judíos sirve como pretexto para comprender una buena parte de la realidad de España, y en ese aspecto es sobre todo útil y actual. No es imposible que esta obra decepcione en algunos sectores de fuera del país, pero es que está dirigida principalmente teniendo en cuenta la realidad de las condiciones objetivas de España. Por eso creemos que es útil que el tema judío sirva también para demostrar una vez más la falacia de todo monolitismo político, la diversidad de criterios que existía en el seno del imperio español, una dimensión más de la hispanidad, etc., etc.

Otras tesis secundarias, pero dignas de tenerse en cuenta, son la revalorización parcial de Olivares, político con muy mala suerte, pero cuyas reformas se acabaron aplicando todas. Debe subrayarse la revalorización de un Menéndez y Pelayo desligado de menéndez-pelayistas y de muchas de sus estrecheces prefacistas. Hace tiempo que se había señalado en "Nuestras Ideas", que en Menéndez y Pelayo, aparte de su dipsomanía, había mucho aprovechable cuando actuaba como materialista inconsciente.

Estos tres volúmenes vienen a corroborar una sencilla operación matemática, la de que la descendencia mínima de un hombre al cabo de setecientos años son treinta y seis millones de seres. Todo español, por tanto, puede reivindicar descender tanto de Fernando III el Santo, de los asesinos del niño de La Guardia, o de Almanzor si prefiere... Contribuir a desenmascarar los mitos que sirven en calidad de Fetiches para mantener la explotación del hombre por el hombre, es una tarea altamente constructiva, sea cual sea la base ideológica desde la que se parta.

F. L. DE YTURBE

ERNEST MANDEL: *Traité D'Economie Marxiste*. Julliard Edt. París, 1962. 2 vols. 516 y 555 páginas.

Se puede situar esta meritoria obra de Ernest Mandel en la misma línea de esfuerzos que desde la generación de los marxistas post-clásicos (1914) ha tratado de mantener viva la llama de la investigación económica "de oposición". Línea que jalonan las obras de Sweezy, Dobb, Bettelheim, Baran, y, fuera del campo socialista, las importantes contribuciones de Joan Robinson y Joseph Schumpeter.

La concepción económica del marxismo fué insistentemente atacada (y frecuentemente tales críticas revelan una ignorancia del tema más o menos extensa) desde el aséptico recinto de la economía burguesa de cuño anglosajón, apresuradamente "restaurada" para hacer frente a los problemas prácticos de la Gran Depresión. Especialmente violenta fué la crítica keynesiana: su apriorismo excluía cualquier postura que no estuviese inspirada en la metafísica liberal, aunque su praxis debiera dar paso a cercenamientos y restricciones importantes al *laissez-faire*. Fué buena argucia táctica que mientras se construía el herramental para restaurar una desacreditada concepción económica, se montase un aparato polémico contra las concepciones opuestas. La gran autoridad ganada por Keynes en los medios académicos fué la causa de que se aceptase sin discusión la irrelevancia científica de la economía marxista, más que un estudio sereno de su construcción y de los supuestos históricos a los que está vinculada.

La concepción económica de Keynes y los postkeynesianos traducen una mentalidad conservadora. No es extraño, pues, que mostrasen desazón ante las soluciones alternativas violentamente dialécticas. Esto explica —junto con el apresuramiento por restaurar el viejo edificio— la necesidad de agudizar los instrumentos de

crítica y dirigirlos contra lo que estimaban era la más seria amenaza. En opinión de Keynes y su escuela anglosajona, la tarea del economista no es poner en tela de juicio los sólidos fundamentos del edificio social, sino desvelar sus intrincados laberintos y leyes de este mundo copernicano, tirar por la borda las inadecuadas concepciones sobre el interés y la ocupación, instrumentar los nuevos conceptos que permitan poner en práctica una política económica eficaz. Ciertamente que la navegación capitalista corría peligrosas peripecias, pero ello se debía —según Keynes— no a defecto del navío, sino a error de las cartas de navegación y a imperfección de los aparatos de control.

El keynesianismo y sus derivaciones posteriores conceden un especial y significativo interés a *la forma*: era necesario "invertir" a la nueva concepción de "dignidad científica". Contrariamente, había que ennegrecer como "anticientíficas" las concepciones opuestas. Mandel cita en el Prólogo de su obra curiosas expresiones de autores occidentales (Beerle, Perroux, Aaron y el propio Keynes) sobre la "dificultad de encontrar un economista digno de este nombre al que se pueda calificar de marxista".

Fué preciso el análisis más profundo y completo de Schumpeter para suscitar un cierto grado de atención sobre la economía marxista y conseguirle un puesto "honorable" en el repertorio de soluciones científicas. Demasiado personalista para seguir caminos trillados, Schumpeter destaca, sin embargo, dos concepciones fundamentales del marxismo: la inserción de la forma económica burguesa en el proceso general de la historia y la ineluctabilidad de la destrucción de esta forma económica social por sus propias contradicciones internas.

Por otra parte, la problemática suscitada con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial con motivo de la construcción de nuevas economías